

III

**Examen del Método lógico y del Procedimiento de observación
en sus relaciones con los Principios, ó Axiomas de Ciencia**

Legitimada la existencia del *Sentido racional*; analizadas sus funciones primarias; admitido el hecho de ser su contenido patrimonio común y principio necesario de toda ciencia, procede que examinemos cómo se verifica el tránsito de los principios á las verdades mediatas ó adquiridas por razonamiento. Exige esto un detenido y riguroso examen, no sólo porque nos hemos propuesto andar paso á paso en esta vía, si que también porque nos encontramos con mucha broza y no poca maleza que cortar para abrirnos vereda.

Todos hablamos de método analítico, todos manoseamos el sintético, y pocas veces nos entendemos; no hay escritor que no se permita fallar directa ó indirectamente sobre la cuestión general de métodos, siendo así que pocos, bien pocos, dan muestras de comprender de un modo preciso los términos de la cuestión. Es menester, pues, que al tratar esta materia preceda una aclaración perentoria y una modificación en los términos; un error de Condillac ha llegado á obscurecer lo que de suyo era bien claro. Comprendemos perfectamente que Condillac se inspirase del proceder de una costurera para fundar aquella Lógica de que se muestra tan expansivamente satisfecho; mas lo que no concebimos es el hecho de no haber conocido que el Análisis y la Síntesis de Aristóteles forman un Método de razonamiento, que nada tiene que ver con la análisis y la síntesis descritas por dicho autor, y que sólo constituyen un Proceder de observación y experimento; un auxiliar de las ciencias de hechos, simple equivalente de la definición y la división lógicas, aplicado á los mismos. La prueba de que nada tiene que ver una cosa con otra es que el proceder analítico de Condillac es origen de deducciones lógicas (Método sintético de Aristóteles); y el proceder sintético del primero un acto puramente reintegrante y aplicativo. Son, pues, el *método* lógico y lo que llamaremos *procedimiento* de observación, dos cosas distintas, diferentes y diversas, mas no correlativas, ni semejantes, ni opuestas. Las cosas realmente análogas son: la definición lógica y el proceder sintético entre sí, porque ambos representan un integral (ó lógico ó real); y la división lógica y el proceder analítico entre sí, porque los dos producen una descomposición (ó mental ú objetiva) de ese inte-

gral. Hecha esta distinción entre *Método* y *Proceder*, examinemos cuáles son las relaciones que se establecen entre los Principios de ciencia y estos dos instrumentos intrínsecos del proceso ó sucesión de verdades mediatas, que constituye la cadena científica. Las ciencias de *raciocinio* viven del método. La Lógica de Aristóteles se basta á sí misma para la Metafísica, ó ciencia abstraída de toda realidad contingente. Componen esta parte de la ciencia: la misma Lógica, la Matemática pura y la Ontología.

En estas ciencias, las relaciones entre los Principios y el Método son tan estrechas, que bien se puede decir que todo su mecanismo consiste en vaciar el contenido de los Principios mismos. En efecto, debe suceder así en unas ciencias que se ocupan, no de cómo son las cosas, sino de cómo deben necesariamente ser, lo cual se reduce al examen de las verdades inmediatas. Así, la Matemática pura, prototipo de la Metafísica en lo cuantitativo, está toda contenida apodicticamente en sus axiomas, ora reduzca por la vía analítica, ora deduzca por la sintética, pues en las ciencias de raciocinio el método analítico no es más que el sintético invertido, y destinado al genio y sagacidad del espíritu, como instrumento más expedito, por lo cual se le ha llamado *Método de invención*, y mejor aún, *Método de invención por tanteo*. De entrambos modos siempre se conserva la relación directa con el axioma; de suerte que desde la teoría algébrica de las ecuaciones de quinto grado, de las series teóricas de las curvas, de la doctrina sobre secciones cónicas, hasta el axioma de que «una cosa es igual á sí misma», media una línea recta tan sin interrupción, como la que de nuestros ojos va derecha al sol que los alumbrá.

En las ciencias de hechos ó de observación son muy distintas las relaciones que enlazan los principios con el método y con la materia científica. En ellas las verdades fundamentales limitan el campo y fijan las condiciones de la observación, en virtud del concepto claro y distinto del objeto peculiar de la ciencia, hecho lo cual, el espíritu se lanza á los mundos de lo contingente, sin tener que deducir de los axiomas ni deber reducir á ellos las proposiciones empíricas, conforme se procedería en Metafísica con las proposiciones racionales. El objeto del observador y del experimentador no es el razonar sobre principios, sino observar y experimentar sobre fenómenos; y salta á la vista que ni de un principio á un fenómeno, ni de un fenómeno á un principio hay tránsito posible. Aquí empieza el *Proceder* analítico ó análisis de las cosas y de los hechos accesibles al espíritu, á título de materia de experiencia. Si esas cosas son del orden intelectual, se conciben y definen; luego se dividen en miembros; si atañen

al orden físico, se perciben y observan como un integral, y luego se descomponen en partes. Practicado esto, se busca la certeza del hecho en cada particular; dada la evidencia empírica ó contingente del hecho particular, se busca lo que está contenido en él, y henos aquí desde este momento con el Método lógico otra vez en ejercicio, partiendo de un *hecho* en lugar de derivar de un Axioma.

Pero aquí conviene detenerse un poco; pues nos encontramos en aquel punto en que la dirección del procedimiento decide de la suerte futura de la ciencia.

De un particular, señores, de un contingente, no se deduce más que un particular, un contingente: *nemo dat quod non habet*. Ya hemos visto que así como no hay tránsito metódico de un principio á un hecho, tampoco cabe de un hecho á un principio. Sin embargo, ya que el desideratum de los *seudo-baconianos* modernos es la posesión de la Ley primera, vamos á ver quién es esa Dulcinea: sepamos si es aquella ideal y fatua del castillo encantado, ó la de carne y hueso que se pasaba el día en las honradas y útiles faenas de la vida labriega.

Sigamos al *Naturalista* que espera hallar *al fin* lo que él mismo llama *Principio*.

Todo el mecanismo lógico de la Ciencia de hechos, helo aquí: dada la verdad particular de un fenómeno, se deduce de ella su contenido, que es la relación contingente, ó de hecho, que existe entre los factores del fenómeno mismo. La expresión de esta relación se llama *ley*. En medio de la extensa variedad de objetos de experiencia, se presentan al espíritu leyes particulares semejantes. El acto mental de la *reunión* ó síntesis de dos ó más leyes semejantes, á favor de una expresión general, constituye la *Inducción* experimental científica; y desde luego se concibe una serie categórica de especies y géneros de leyes fenomenales, á favor de la reducción sucesiva del número de leyes, y el necesario aumento de su comprensión lógica, hasta llegar..... ¿adónde? Á una *Ley primera ó universal*, cuyos caracteres, rigurosamente establecidos, se reducen: primero, á ser el producto de la *inducción de todas las especies de fenómenos de todo el Universo*; segundo, á ser la *expresión de la relación entre los términos más generales de los fenómenos mismos*.

Pero es el caso que de la enunciación más simple y universal del modo cómo se verifican los fenómenos, ó sea de su *Ley general*, no se deduce la *necesidad*, ni de los fenómenos, ni de sus términos: lo único que lógicamente se deduce es su *posibilidad*. Que del hecho á la posibilidad vale la consecuencia, lo afirmaban los dialécticos, de acuerdo

con el sentido común; pero nadie puede legitimar la ocurrencia de que, ni del hecho, ni de su posibilidad á la necesidad, haya vado lógico para el espíritu humano. Quizá le haya para otras inteligencias; pero aquí no tratamos de la ajena á los hombres: harto trabajo tenemos con la nuestra.

En definitiva, en el humano saber, ni de lo contingente se deduce lo necesario, ni de lo necesario lo contingente. Por esto, cuando la metafísica quiere deducir la experiencia, ó ésta invadir la metafísica, ambas á dos deliran y desbarran. Dada, pues, la experiencia de todo lo existente hoy en los ámbitos del espacio (que es, por cierto, dar á manos llenas), la misma distancia, la misma valla separará de los Principios la *Ley fenomenal única*, término general de la inducción, que cada una de las *leyes fenomenales particulares*. Las ciencias de raciocinio saben *lo que ha de ser* de las cosas de su incumbencia: las de hechos, ó naturales, sólo saben *lo que es* de las cosas reales, y si tienen precisión y claridad, es en virtud de lo que las de raciocinio les prestan en fórmulas y lenguaje.

Pero, ¿á qué, pues, la investigación en busca de leyes naturales? Esta ya es otra cuestión. De la incompetencia de lo contingente para expresar lo necesario no se deduce la inutilidad de su conocimiento. Si de la *ley* de los hechos no se deducen *Axiomas*, en cambio se deducen *Aforismos*; más breve, la experiencia no es principio de Razón, sino arbitrio del Arte, y cuando se dice en locución vulgar que la Experiencia es la madre de la ciencia, es porque el vulgo ya sobreentiende que ni la experiencia es hermafrodita, ni la ciencia es hija de la inclusa, sino que su padre natural y legítimo es el Espíritu, por su potencia racional de conocer las verdades necesarias; sólo sugeridas, nunca producidas por la experiencia.

Bien afirmado lo antedicho, nos permitiremos exponer las bases de un *Método de reducción de los hechos á una verdad contingente*; método del cual se puede reportar gran fruto en los razonamientos sobre fenómenos, si un día se adopta formalmente.

Tiene del *Método analítico* la forma, y sólo se diferencia por cuanto, en lugar de reducir proposiciones racionales á un *Axioma*, reduce proposiciones empíricas á una *ley*, rigurosamente establecida de antemano. Aparte de los recursos que pueda prestar en general este Método, cabe su aplicación fecunda en Medicina para la invención, por tanteo, del carácter fisiológico de las enfermedades y de las medicaciones; y creemos que ese Método abre el único camino por donde se puede llegar á la construcción de un edificio clínico, que tenga una base biológica; es decir, de una Patología y una Terapéutica

conformes con las leyes reales de la vida. Sin entrar en la cuestión médica, porque nos hemos propuesto no hablar una palabra de Medicina, y sólo añadiendo que hemos ensayado este Método en un trabajo monográfico, que en breve verá la luz pública, vamos á precisar el *movimiento* de este *Método de reducción á un contingente*. Dadas las leyes rigurosamente conocidas, y conformes con el objeto de ciencia, y dado el integral complejo de un fenómeno biológico, social, etc., al parecer confuso é indescomponible, trátase por el *proceder analítico* ó análisis material, y hecho esto, tómesese una parte del integral dividido, búsquese por tanteo la conformidad entre esa parte y alguna *ley*, de entre las dadas, y repítase para cada una de las otras partes igual operación. Concluidas las reducciones, reintégrese el concepto total, á favor de una definición descriptiva, en la que se enuncie ingenuamente, lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, según que las leyes dadas hubiesen bastado, ó no, á reducirlo; quedando todo hecho en caso de certeza, y conservándose el remanente, como dudoso (si le hubiere), hasta que el descubrimiento de una *ley* expresiva de relaciones nuevamente precisadas, venga á hacer reducible aquel residuo.

Tal es el *Método de reducción á una verdad contingente*.

La exposición de este *Método experimental*, que se apoya en leyes, en lugar de principios, nos lleva como por la mano á la determinación del carácter y los usos de los Principios en las ciencias de observación. En éstas los Axiomas están materialmente incomunicados del objeto de la ciencia conforme acabamos de exponer; pero le arrojan la luz del *Proceder y del Método*; derivaciones metafísicas, en tanto que lógicas; de suerte que existe implícita, una relación virtual. Los Principios son para la observación, como un recuerdo perenne del objeto dado al observador; y la asistencia de aquéllos á todos los actos del procedimiento es una garantía contra las transgresiones, ó contradicciones de objeto, y, por lo tanto, en favor de los intereses de la ciencia misma. Los principios dados á las ciencias de hechos constituyen un verdadero virreinato de la Razón, impuesto á la Experiencia; la prueba es que ninguna Ciencia se ha constituido, mientras que no le ha llegado el saludable influjo de los mismos. Á veces, en las ciencias de observación, los Axiomas se enuncian, como llevamos dicho, en los términos mismos que constituyen el objeto de una ciencia dada; pues de esta suerte, sin perder de lo necesario la forma, adquieren del objeto las palabras que á éste se refieren, lo cual da á los axiomas cierto sabor práctico, sin mengua de su fuerza teórica.

Tales son los elementos, el mecanismo y la dirección que constituyen el conjunto formal de una *Ciencia de hechos*; y si nos hemos detenido en este análisis, ha sido: 1.º, por la confusión que reina, hoy más que nunca, acerca de estas materias; 2.º, porque entendemos que los pseudo-baconianos, ó trascendentalistas físicos, son los mayores enemigos del progreso y de Bacon, y los primeros contraventores á su inmortal aforismo: «*hominum intellectui non plume addende, sed potius plumbum et pondera*»; y 3.º, porque no sabemos que nadie haya escrito sobre este asunto una crítica razonada y completa.

IV

Examen del Objeto ó materia del conocimiento, y determinación de los objetos generales de experiencia

Llegamos á la última parte de la Análisis elemental del hecho de ciencia: se trata de la Materia sobre que actúa el Método; y pues ya llevamos dicho que en las Ciencias de raciocinio, el objeto, ó materia, lo constituyen los Principios mismos, quedanos tan sólo que examinar el material en que se ocupan las ciencias de observación. Sobre este particular podremos ser muy breves.

Lo que la realidad de la naturaleza nos impone es el *Dualismo Real*: esto es, pues, lo que aceptamos, á saber: la totalidad de los objetos observables, dividida substancial y formalmente en dos especies: una espiritual y otra material; la primera revelada á sí misma en el hecho de conciencia (*mundo psicológico*); y la segunda percibida por el Espíritu á favor de los sentidos externos, como un ser claramente distinto de él (*mundo material*).

La imposición del asenso al *Dualismo Real* viene de una fuerza superior á la razón humana; toda cuestión de pretensiones científicas sobre este particular es fútil, absurda y petulante. A quien proteste de estos tres epítetos le damos palabra de honor de retirarlos, sin más que una condición, y es que logre trazar sobre cualquiera superficie una circunferencia, de modo que no quede dicha superficie dividida en dos, una dentro y otra fuera de la circunferencia misma. Lo que resulta de la *distinción formal* hecha con un compás, resulta también de la *distinción esencial* hecha por el verbo *ser* en la conciencia, y con tanto como se ha criticado al insigne Descartes, por su célebre proclamación del «*Cogito; ergo sum*», todavía no sabemos que nadie le haya criticado lo único que tiene lógicamente incompleto, aquel grito al orden; la verdad es que en la Conciencia, el resultado

real de la reflexión humana da: «Cojito; ergo sumus». Esto es lo que Descartes quiso decir, esto es lo que se desprende de su doctrina del *Dualismo*, que es la de Reid, de Hamilton y de ciento y tantos ilustres filósofos, entre griegos, latinos, germanos, italianos, ingleses, franceses y españoles, y finalmente la expresión perenne de todo el linaje humano; es decir, que los trascendentalistas representan una minoría.

Pero no basta que sean éstos los menos para que les neguemos la razón; no basta tampoco que no la tengan: vamos á ver si pueden tenerla. La imaginación poética no ha podido multiplicar las especies de substancias; el genio filosófico, que lleva otro rumbo, sólo ha intentado unificar las dos existentes en la naturaleza. Esta tendencia se llama *Sistema de la identidad de substancias*, ó del absoluto, y ofrece dos *aspectos*, con sus dos *sectas* y sus dos *enunciados*. Uno de éstos dice: «El Espíritu es Todo»; el otro: «La Materia es Todo»; de suerte que por el pronto notamos que los dos *temas* puestos en disputa, y deduciendo de entrambos el término *Todo*, porque les es común, componen la ecuación lógica siguiente:

La Materia es }
El Espíritu es } = La Materia y el Espíritu son, ó existen; que es
la ecuación del *Dualismo Real*.

Veamos ahora con qué medios de examen material, y con qué recursos de expresión lógica ó formal puede contar cada uno de esos dos enunciados, para probar el hecho de la identidad.

Todo el *instrumental humano* consiste en la Conciencia y en la Percepción; la primera contempla por reflexión todo lo espiritual, inextenso é inmensurable; la segunda por los sentidos externos todo lo material, extenso y mensurable. La identificación de estas dos especies de seres debería verificarla un instrumento, capaz de apreciar la fusión de lo extenso y lo inextenso, lo mensurable y lo inmensurable, lo perceptible y lo consciente; instrumento que no puede ser ni los sentidos externos ni el sentido interno (Conciencia). El hombre no le tiene; y dado que le tuviera, su posesión destruiría la naturaleza humana. No diremos, pues, que sea posible este género de investigación.

En cuanto á recursos de *expresión lógica*, la primera materia de ésta la forman las palabras, las cuales son de tal naturaleza que el hombre no puede pronunciar ni una sola que no implique una *distinción*. Tal es la materia prima de todas las lenguas muertas, vivas y posibles. Purifíquese el uso retórico y critíquese la adecuación lógica de las voces, cuanto quepa; siempre la transgresión supone la

regla; la impropiedad la propiedad; quedando como último reducto de la Gramática universal, unas *palabras primeras*, ó explicadas por sí; como *substancia*, origen de los substantivos; *accidente*, origen de los adjetivos; *espíritu*, tipo de los verbos de actividad; *materia*, tipo de los verbos de estado; *primera persona*, que con la *segunda*, marcan distinción individual ó de espíritus; la misma *primera*, que con la *tercera neutra*, establecen distinción específica de espíritu y materia; todo lo cual es bastante para probar que si los sectarios de la *identidad* defienden sus tendencias razonando, lo hacen con una lengua cuyas palabras todas claman á voz en cuello, *que en el mundo somos DOS*; de suerte que forman verdaderos términos contraproducentes, para probar la tesis de la identidad. Estos sistemas, pues, si son inconsecuentes no merecen la atención; pero si quieren ser consecuentes, ó no tienen más expresión legítima que el silencio, ó deben inventar una lengua cuyas bases no podemos imaginar.

Al sistema de la identidad de substancias le faltan, pues, una lengua y un sentido; es por tanto una filosofía muda y ciega.

Véase, al fin, como la minoría *identista*, por más que promueva tanto ruido, ni tiene razón, ni puede tenerla.

En último resumen: si una proposición no puede ser inteligible, ni su enunciado probable, sino á condición de concepto claro y compatibilidad de términos en la relación, las proposiciones «*Yo soy la Materia*», «*La Materia es Yo*» son ininteligibles; no son Proposiciones: si los dos términos se dan por distintos no pueden ser idénticos; si se dan por idénticos están de más la Proposición y el Proponente, porque los términos de ella no significan nada, ni él es nadie.

Queda legitimada la proclamación filosófica del Dualismo real.

Aquí podríamos dar por terminado el *Análisis de los Elementos generales de Ciencia*; pero es el caso, señores, que en toda esta operación hemos procedido ya con aires de filósofo, buscando Principios con Principios, determinando un Método con un Método, y acomodándolo todo á un objeto dado; de suerte que trabajábamos una Filosofía, filosofando con la razón vulgar. Entonces, ¿en dónde está la garantía de nuestra Doctrina? Precisamente en esto: en el doble hecho de este origen vulgar y del reconocimiento explícito del mismo. No os fiéis de un hijo que, por figurarse valer más que sus padres, reniega de ellos; pues, por una parte, éstos fueron la verdadera causa original de cuanto aquél valga, y por otra, la rebeldía al reconocimiento supone una insensatez que neutraliza cualquier mérito. Todo razonar filosófico procede de la Razón común, sólo que los Sis-

temas fundados sobre errores disimulan su flaqueza renegando de su origen, al paso que la Doctrina del Sentido común se complace en confesarse y proclamarse nacida del común acuerdo. Los filósofos suelen cubrir con el velo de un Prefacio el camino que siguieron hasta llegar al libro: nosotros levantamos el velo y os mostramos orgullosos el modesto hogar de la *Philosophia perennis*, de la Sabiduría universal, de donde partimos, y adonde pensamos volver á parar, fortalecidos y medrados con el producto del Arte discreto y útil; pues todo lo que elabora la Filosofía pretenciosa es ciencia vana y práctica transitoria. Por fortuna, los Sistemas pasan y el Vulgo queda, y su Instinto racional, al hacer inventario del legado que le dejan los espíritus voladores y aventureros, acepta las joyas de valor intrínseco hechas de materia razonable, arrojando á los abismos del descrédito los dijes falsos, pura ostentación de valor ilusorio. La verdadera distinción lógica y real entre el filósofo y el hombre vulgar, no está en la adquisición ó cambio de tal ó cual facultad, sino en el reconocimiento del Método, por efecto de un acto reflexivo sobre el uso adecuado de las facultades del Espíritu. Así, el objeto de la Filosofía es la misma razón vulgar, no consistiendo la misión de aquélla en cambiar á ésta, sino en reconocerla tal cual es. Más breve: el vulgo razona con un instrumento que Dios dispuso; el filósofo inquiere cómo dispuso Dios este instrumento. La aplicación de la atención refleja á la ley de sí mismo es el rasgo excelente de la criatura racional: es lo que separa, sin tránsito posible, la especie humana de las demás especies vivientes que conocemos; pero este hecho de la reflexión filosófica no separa, ni un mínimo de grado, al sabio del ignorante, en cuanto á la categoría; pues la aplicación mayor ó menor, mejor ó peor de una facultad, no sólo no afecta la existencia de la misma, sino, antes al contrario, la proclama y confirma, dado que una cosa no puede ser de tal ó cual manera, sino á condición de ser. No hay hombre que, de treinta años arriba, no haga aplicación de su facultad de reflexión á investigaciones de índole filosófica á que le obliga cuanto le rodea; el mejor filósofo será, pues, el hombre que mejor aplique esta facultad, en virtud de mejores antecedentes y mayor sagacidad de espíritu: esta es la verdad. Las facultades psicológicas están denominadas por sus usos naturales; las palabras que en todas lenguas las anuncian son términos primeros, ó explicados por sí, y la norma latente de la conducta humana necesariamente debe ser genérica, cuando es genérica, universal, su expresión práctica; y así, al comenzar el filósofo la tarea, el espíritu vulgar le formula su perenne protesta: «Ó me aceptas, le dice, mis términos primeros

»y mis Principios, y con ellos el concepto claro y distinto de mis
»Facultades, ó tu Filosofía será absurda, y sabios é ignorantes se
»reirán de ella; pues no estarán dispuestos á aceptar por bueno que
»el entendimiento *perciba*, ó que la voluntad *reflexione*, ó que los oídos
»*conciban*; como ni tampoco que se me atribuya una facultad sin uso,
»por ser sin nombre, ni que se me suprima otra, subsistiendo el nom-
»bre en que la expresan mil lenguas. Dentro del contenido de la
»Razón vulgar, examina, busca, analiza, combina y dame al fin la
»regla económica del ejercicio del espíritu, reduciendo á buen orden
»y concierto la multitud de cosas que la lengua pronuncia, sin que
»el alma inquiera la oportunidad de su aplicación. Si á esto te atienes,
»serás filósofo; si no, no pasarás de poeta sofista.»

He aquí que la misión de la Filosofía queda reducida á una cues-
tión de Método; el Método á una adecuación del medio al fin, siendo
el fin la economía de la Razón práctica, ó sea el máximo del resul-
tado útil, por el mínimo de acción, que es lo que constituye el opti-
mismo dentro de cada especie, y por lo tanto, el optimismo del linaje
humano.

He aquí también que la Filosofía substantivada es la Razón en bus-
ca de la norma de su conducta, sin más auxilio que su propia luz, y
en este aislamiento accidental de la Causa primera de todas las ver-
dades, la Razón individual, que sabe bien que, aunque señora del
mundo fenomenal, es esclava de su Causa, conoce por lo mismo cla-
ramente, que si prescinde de la subordinación jerárquica á ésta, ha
de buscar autoridad y apoyo en otra parte; y aquí está la dificultad.
Autonomía y subordinación son dos conceptos contradictorios para
un mismo sujeto y con relación á un mismo objeto: la Razón indivi-
dual no tiene, pues, autoridad *en sí*, sobre sí misma, ya que toda idea
de subordinación ó apoyo *racional* trasciende á autoridad externa.
Por otra parte, autoridad de menos á más, en el orden natural de
excelencia, es absurdo, porque el concepto de autoridad implica su-
perioridad jerárquica. ¿En qué autoridad se apoya, pues, el espíritu
filosófico como razón individual? Subordinarse á las cosas es absurdo;
subordinarse á sí mismo, también implica contradicción; sólo quedan
en el mundo dos apoyos que elegir: Dios y el linaje humano. El es-
píritu, en tanto que subordinado á Dios, funciona creyendo y obede-
ciendo: ninguno de estos dos actos es de *investigación*; no le queda,
pues, al filósofo más recurso que someterse al Sentido común; y si
espera hallar en la Especie lo que no se atreve á prometerse de sí
mismo; si prejuzga que el alcance de muchas Razones ha de ser
mayor que el de una sola, es porque en virtud de un principio de fe

en la bondad de la Causa primera, aunque tenga por cierto que el individuo yerra, le es forzoso creer que la especie no fué creada para errar: que las Razones individuales sumadas, en lo que tienen de sumable ú homogéneo, han de arrojar necesariamente la suma del acierto, y han de representar el producto de una Facultad destinada á compulsar las verdades que sirven á la especie humana como principios de certidumbre. Y aquí reclamamos toda la atención del auditorio.

El corolario de estas razones es, que en Filosofía hay una desproporción enorme entre el apetito de saber y la posibilidad de ciencia. Los conceptos claros y distintos de Dios, Alma y Mundo, marcan un área inmensa, dentro de la cual sólo á duras penas llegamos á triangular y sujetar á conquista un espacio mínimo; verdadero Brasil filosófico, en donde lo exiguo del dominio real contrasta con la ostentación nominal de territorio. Que la ciencia humana, encomendada al solo apoyo del linaje mismo, se ve reducida á lo fenomenal; que en el orden de la experiencia jamás el hombre traspondrá los mundos, y que en materia de principios no está en nuestras facultades ir más allá, ni hay para qué inquirirlo, ni hay para qué certificarlo, y sólo lástima nos causara el hombre que en tales cosas no conviniera; y siendo esto así, ni la Razón por su sola fuerza podrá jamás encontrar el Absoluto ú Origen único de toda deducción, ni la experiencia podrá allegar jamás todos los datos necesarios para la última inducción; de suerte que no sólo no hay más autoridad, *estrictamente filosófica*, ni más criterio que el Sentido común, sino que, aun contando con este apoyo, la arquitectónica de todo el saber posible se reduce á una fracción de cono, sin base y sin punta, no siendo posible hallar el complemento mas que en otras Facultades, en otros Sentimientos que no atañen al orden científico, ni son por tanto objeto de este Discurso.

Respecto de los Principios evidentes por sí, que forman ese vértice truncado de la Filosofía, importa mucho advertir (también á título de corolario de todo lo expuesto), que no son principios directos de invención de verdad, sino principios indirectos de preservación de error, ó lo que vale lo mismo, verdades dadas á la razón no como armas de extensión de dominio, sino como código para el acierto práctico. Todo esto es triste, es humillante para el saber humano; agosta en flor las ilusiones siempre juveniles y las aspiraciones siempre trascendentales del espíritu; á nosotros nos basta que sea verdad para que nos conformemos, ya que de la verdad nos ocupamos. El día en que se nos hagan insoportables estas limitaciones, nos arrojaremos

al libre campo de la Poesía; mas no impurificaremos los productos de la Ciencia.

Aquí es donde realmente queda terminada la exposición de los *Elementos generales de Ciencia* á favor de una doctrina que, empezando en las sugerencias axiomáticas del espíritu vulgar en ejercicio, recorre toda la órbita de las ciencias humanas, adecuando el Método, y concluye *reentrando* en el seno de la Razón vulgar por el reconocimiento de la dualidad de substancias; todo subordinado á un Poder ultra-humano; razón suficiente de todo cuanto existe. Tal es la Doctrina del *Sentido común*, por sus principios; de la *Limitación*, por su Método; del *Dualismo*, por su objeto de investigación, y del *Realismo natural*, por su conjunto.

Expuesta esta Doctrina, conviene que veamos adónde van á parar los que parten de otros orígenes.

V

Sinopsis de los Sistemas filosóficos; del estado de la Literatura científica contemporánea y de la situación actual de las ciencias, particularmente de la Medicina.

La emancipación de la Filosofía del blando yugo del Sentido racional ha dado siempre los mismos resultados, desde los sistemas de los Indus hasta nuestros tiempos: una dislocación completa de la materia de investigación. Todos los filósofos trascendentalistas aparecen, desde este punto de vista, divididos en dos grupos, á saber: *Críticos de la Autoridad de la percepción* y *Críticos de la Autoridad de la Conciencia*.

Los Críticos de la Autoridad de los sentidos, como principio de evidencia, han querido empezar por probar el Principio, y vista la insuficiencia de las pruebas, han caído en la duda y concluido, al fin, por la negación del Principio; mas como las necesidades de la vida urgen y en esta duda y esta negación es menester vivir en concordancia con el testimonio de los sentidos, el filósofo escéptico opta por salir del paso creyendo en lo que se ve; trueque absurdo de voces; expresión penosa de una contradicción imposible, pero confesión explícita del mismo Hume, del verdadero príncipe del escepticismo filosófico moderno; lumbrera viva hasta en el seno del error mismo. Henos aquí con todo el material de la *Evidencia mediata* transportado á los dominios de la *Fe*.

Los Criticos del hecho de Conciencia han comenzado todos por querer buscar las pruebas de que *existo*, y la misma imperfección de las pruebas de una cosa tan evidente por sí, les ha sugerido la duda primero, y luego la negación del principio mismo; y como la duda sobre la verdad de la conciencia, es decir, sobre nuestra propia realidad moral, implica, ó la renuncia á todo saber, ó la construcción de alguna hipótesis sistemática (dada por autoridad no se sabe de quién), sobre el Absoluto ó substancia única, como Razón suficiente de sí misma, henos ahí en plena Teología crítica ó demostrativa, que vale lo mismo que decir, con todo el material de *Fe* transportado al dominio del *Entendimiento*.

Creer en lo que se ve; Entender en lo que se cree: tal es la expresión más breve, clara y precisa á que consideramos reducido todo el trascendentalismo de tantos siglos. Ora en los tiempos dialécticos, convirtiendo las razones en hechos; ora en los empíricos, haciendo valer los hechos por razones, siempre el trascendentalismo ha llevado en su sangre aquel vicio fundamental, congénito, exacerbado por las pasiones de la época y exaltado por el aplauso de discípulos amanerados. Y en verdad que el Escepticismo y el Absolutismo filosóficos no tienen perdón ni excusa. Vivir años y años prestando asentimiento á la Conciencia, á la Percepción, á la Razón ajena, y luego de llegar á la mayor edad revelarse contra estos precedentes, sin más precedentes que estos, es por cierto una ingratitud lamentable y una insensatez irrisoria.

Sin duda que mucho bueno han dado á luz esos espíritus de poder privilegiado para la abstracción; mas ni todo lo han producido sus Sistemas, ni lo que se deriva de esto debió de haberse dado á luz con tantas pretensiones. Con haber denominado sencillamente esos trabajos *Análisis de las Facultades humanas por reducción al absurdo*, los descubrimientos hubieran sido los mismos, si no más y mejores, y no se obligaba al espíritu público á esos vaivenes en la cuesta harto escabrosa del progreso. Téngase, no obstante, esta reflexión, no como un dardo arrojado á los Genios que fueron, cuyo mérito aplaudimos y cuyas intenciones respetamos, sino como saludable advertencia que la Historia dirige por nuestra pobre, pero fría razón, á los que de nuevas generaciones acudan á los Juegos Olímpicos de la Verdad; no sea que por dejarse llevar de irreflexivo empuje, compañero inseparable del juvenil ardimiento, malgasten su naciente genio en ejercicios fútiles ó en insensata pugna con las paredes graníticas del Gimnasio.

Hemos dicho que no procede de los sistemas toda la luz que han

arrojado los genios sistemáticos, y esto conviene probarlo y completarlo; lo primero, porque no gustamos de aseveraciones gratuitas, y lo segundo, porque aquella aserción no expresa más que parte de otro *pecado filosófico*, que interesa conocer.

En una Doctrina cualquiera pueden ocultarse dos diferentes vicios: 1.º, el que llevamos examinado y que llamaremos *Vicio por aberración de Principio*; 2.º, el *Vicio por sofisticación de Doctrina*; que consiste en la enunciación de cosas que suponen uno ó más Principios latentes, verdaderos ó falsos, pero distintos de los establecidos por el Autor, ó contrarios á los mismos. Siendo independiente este vicio del de *aberración de Principio*, y siendo múltiple el error, cabe *sofisticación de la verdad por el error, del error por la verdad y del error por el error*. Ejemplo del primero de estos tres casos, ó *Vicio por sofisticación de la verdad por el error*, nos le ofrece el Sistema cartesiano. En él no hay tránsito, ni relación posible, entre el Principio de evidencia que el Autor proclama y las hipótesis gratuitas é improbables de que derivan su Fisiología y su Mecánica astronómica; y tan persuadido estaba el mismo Descartes de la sofisticación, que llamaba esas elucubraciones *la novela de su filosofía*.

De la *sofisticación del error por la verdad*, hay tantos ejemplos cuantos son los Sistemas falsos por su Principio; pues esta forma de sofisticación constituye para ellos la condición de vida y de propaganda. Tomad cualquier tratado, la *Estética* de Hegel, la *Doctrina de la ciencia* de Fichte, la *Filosofía de la Naturaleza* de Schelling, el *Tratado de la naturaleza humana*, de Hume; en fin, señores, lo que se llama *cualquier libro filosófico* de Autor que sea escéptico ó partidario del absoluto, y veréis en ese libro páginas y más páginas atestadas de *verdades evidentes por sí*, dadas en el concepto tácito de obvias al mismo *Sentido racional*, cuya autoridad recusó el autor al buscar los Principios de su sistema. Y así brilla á menudo en esos textos, á pesar de su origen, aquel destello del Genio, aquella nitidez de intuición, que caracteriza á los Espiritus potentes. En el calor del estro filosófico el Autor, sin darse cuenta de su inconsecuencia, se desentiende del Principio, y se arroja á consignar categóricamente sus intuiciones claras, sin curarse de compulsar si son deducciones legítimas del principio que originó su sistema. Y luego viene el lector, y si no está advertido, acepta como verdad el *error de Principio*, por la fuerza de las verdades que le hieren en el contexto, sin sospechar siquiera que esas verdades constituyen allí una sofisticación, ó sea una *inconsecuencia*. Mas á la vista del lector que está advertido, esos Autores, que protestando del *Sentido común* se apoyan en él, aparecen como la

mujer que, fiada en la envoltura de sus sayas, pretendiese hacer creer á las gentes que anda sin piernas; pues todo su artificio fuera nulo y ridículo mientras dejase impresa en la carrera la marca de sus pisadas.

Cierto que estos vicios fueran muy llevaderos si su influjo no rebasase los límites de las Bibliotecas y de las Academias; mas el hecho es que el error, cual bola de nieve desprendida de las cimas de la Filosofía, se engruesa conforme baja rodando, de suerte que al llegar al llano de la vida práctica, arrolla y destruye cuanto encuentra al paso; y ahí es, en el seno de la sociedad, donde aparece ese sin fin de opiniones, de tendencias, de resultados neutros, indescifrables de puro complejos, y que tiene por causa, amén de la reproducción de los demás vicios, la tercera forma del *vicio por sofisticación* de Doctrina, cual es, la *del error por el error*; achaque peculiar del vulgo literario.

La invención de la Imprenta produjo en los hombres un desvanecimiento infantil, sólo comparable al que más tarde ha causado la fotografía, verdadera imprenta del rostro humano; y así sucede que, conforme nadie se cura de reflexionar, antes de exhibir su propio retrato, si el natural puede parecer bello más allá del ámbito del cariño, de suerte que medio mundo se ofrece á llenar de *lapsus nature* el Álbum del otro medio, así también no hay hombre que no se deleite á la vista de su pensamiento estampado..... ¿Quién de nosotros, señores, no sintió un placer indescriptible el día en que por vez primera vió impresa y publicada siquiera una frase suya? Esta flaqueza humana se comprende; mas lo que no parece comprensible, ni perdonable, es que tales flaquezas dominen nuestro proceder, hasta el punto de que las convirtamos en un derecho. Del hecho de la facultad de pensar, únicamente se deduce el deber de pensar bien: sólo después de haber empleado mucha diligencia en cumplir con este requisito, es cuando adquirimos el derecho de publicar y difundir el propio pensamiento. La necesidad de seguir hoy esta máxima, latente en la conciencia humana, sube de punto, por lo mismo que hoy la industria brinda con la velocidad y la baratura á la propagación y difusión de todo, y entre ese todo está el error, y el error es el mayor enemigo del hombre y de su linaje.

Así está la república de las letras, con tanto escritor, no adoceñado, sino *acentenado*, como fermenta en todas partes y sobre todos temas, sin criterio fijo, sin conciencia clara de los orígenes, ni de las tendencias científicas de sus propias obras, *escribidores* dados á la pluma por mera incontinencia mental, cuando no por móviles

ajenos al fin nobilísimo de la ciencia. Tal hay, que en Medicina defiende el *vitalismo* con una palabra *krausiana* contraproducente; tal otro, que se declara *materialista* en términos *hegelianos*, es decir, *idealistas*; no falta quien, renegando de la *Metafísica*, cifra sus esperanzas en la *Matemática*; en fin, señores, para concluir de una vez: publicación flamante podríamos citar, si el carácter impersonal de este Discurso lo consintiese, en cuyas doce primeras líneas el Autor prohija *seis sistemas distintos*, cuya disconformidad ignora.... bajo ese disfraz de arlequín, un escritor no puede causar más que daño á los incautos y risa á los advertidos. Ahora, servíos buscar en nuestros Salones de Lectura los escritos de ese pergenio, y os haréis cargo de la Babel filosófica en que se forma nuestra juventud.

En medio del general desconcierto, es fácil, no obstante, percibir la apacible armonía que reina en ciertos textos y en determinados asuntos, donde sólo la verdadera competencia se atreve á consignar su opinión. ¿Cuáles son esas Ciencias que tienen la rara privativa de hacer callar á los necios? Helas aquí: la Lógica, la Matemática, la Física, en toda su comprensión, y, finalmente, la Psicología. ¿Y á qué deben tales ciencias ese inestimable beneficio? Á los Principios, es decir, al hecho de haberse acogido al protectorado del Sentido común, ateniéndose y subordinándose á sus verdades inmediatas. La Lógica, como Ciencia, ya está constituida sobre estas bases desde Aristóteles; la Matemática, desde Euclides, progresa en paz; y en su progreso, las disputas han sido pocas y breves; la ciencia Física-química anduvo á tientas hasta que los Bacon, los Galileo, los Newton, los Euler le dieron principios claros, de evidencia inmediata, que la iluminaron en su marcha, antes tan torpe y hoy tan certera y rápida; y por fin, la Psicología, cuyo origen hemos de buscar también en el estagirita, queda nuevamente constituida, desde que Reid en 1785 la afirmó sobre el duro cimiento de las verdades incontrovertibles. En lo demás de la humana ciencia no hay orden ni concierto; al lado del talento veréis alzarse la necesidad; junto al saber la ignorancia, y en esta situación está también la asendereada al par que angusta Medicina.

La lección clara y severa que nos da la Historia sobre la constitución definitiva de las Ciencias y sobre la naturaleza de los Principios que su progreso exige, debe impulsarnos á buscar el mismo firme para la ciencia de la vida. La necesidad es obvia; pero la dificultad es grande. En cuanto á la necesidad, no hay para qué encarecerla. En ciencias, como en política, el período constituyente es de suyo ocasionado á invasión extranjera. Junto á la Medicina existen cien-

cias ya constituidas, las cuales medran y se extienden tanto, que por momentos nos invaden, y á so-capa de alianza, cual otros Cartagineses, entran vendiendo por salir mandando. Cada cual de nuestros vecinos y aliados tiene definido ya su objeto; el Físico y el Químico al exponerle se inhiben de analizar los fenómenos vitales, *por ser asunto de los naturalistas*; el Psicólogo también se inhibe, repitiendo á su vez que el cuerpo del hombre *«atañe á los naturalistas»*; y nosotros, lejos de aceptar este cometido, dejamos que le desempeñe cualquier advenedizo, en vez de buscar Principios adecuados al concepto claro y común de nuestro objeto de estudio y cerrar de una vez la puerta á absurdas transgresiones. En política se dice sabiamente: *«si vis pacem, para bellum»*; en ciencias se debe decir: *«si vis ordinem, para Axiómata»*. Esto por lo que atañe á la necesidad.

En punto á dificultades, reconocemos que las hay enormes para la constitución definitiva del Método en Medicina, porque se trata de la ciencia difícil por antonomasia. Y para que veáis, señores, que en esto no nos formamos ilusiones, vamos á exponer las *tres dificultades* que consideramos clásicas de la Ciencia médica; las tres que le son inherentes, aun en el supuesto de que sus cultivadores fuesen genios por su capacidad y ángeles por su virtud, y aunque las vicisitudes sociales no ofreciesen cada día nuevos é intrincados problemas.

La *primera dificultad clásica de la Medicina* consiste en ser su objeto un integral viviente, es decir, un conjunto que (aun prescindiendo del espíritu) sólo es analizable á título de reintegro. El problema de un cuerpo vivo, no ya del humano, sino del de un simple anélido, constituye sólo en lo cuantitativo una ecuación de milésimo grado por lo menos. El álgebra todavía hoy por hoy está luchando con las de quinto. Añadid á esto el coeficiente substancial y luego buscad el exponente de la ecuación antropológica. Así es que por este solo concepto, sin contar con las influencias morales, el *objeto* de la Medicina es una cosa que por lo complexa espanta.

La *segunda dificultad clásica de la Medicina* consiste en que, por diversas y simultáneas causas, el cuerpo vivo puede *degenerar* ó *enfermar*; fenómenos privativos de la vida; estados intermedios entre un máximo y un mínimo de perfección, cambios que jamás ofrecen los demás *objetos* de ciencia. Ni los Axiomas se alteran, ni los planetas enferman, ni el cobre y el potasio degeneran.....; y si se dice que un cuerpo celeste afecta alguna perturbación, no es él quien cambia *en sí*, es sólo, levemente, la curva de su órbita; y aun entonces ¡qué de apuros para el astrónomo, si teniendo poder material sobre la causa perturbadora, hubiese de fijar cuál es y removerla!—De aquí

es que el estudio de la vida exige un saber accesorio, vasto, inmenso; encaminado á la investigación de las concausas.

La *tercera dificultad clásica de la Medicina* consiste en tener que obrar el médico sobre ese integral viviente, en un estado de perturbación (que por parcial que parezca, siempre pasa en el integral), con agentes naturales, cuyas propiedades, con relación á la vida, constituyen un tercer conjunto (que por más parcial que parezca *en la acción que nos proponemos*, siempre se desarrolla *todo* en el integral). Es decir, señores, que al llegar al *arte*, hemos de relacionar con acierto *tres conceptos sintéticos, múltiples é indivisibles*: el *organismo vivo*, la *vida irregular* y el *agente regularizador de la vida*. Los físicos jamás comprenderán esta dificultad; en Física todo es expedito, porque los productos que ella da, ó sea las máquinas de obra humana, tienen por objeto la aplicación de elementos analíticos, ó abstraídos del integral de la naturaleza; y esta simplicidad, y el conocimiento claro que el hombre tiene de sus propias obras, facilitan el de las perturbaciones de éstas y el hallazgo del medio hábil de su recomposición. En Medicina, no: el hombre ha de entender el mecanismo y remediar las perturbaciones de una obra individual del Criador. Ved, pues, si nos hacemos cargo de la inmensa dificultad de la Ciencia médica.

En esta alternativa de urgencia y dificultad de buscar un firme para la Medicina, confesamos sinceramente que ha podido más en nosotros el amor á la Ciencia que la consideración de nuestro escaso valer; y hemos optado, al fin, por acometer la empresa. Si el intento no supone el logro, forma al menos su condición necesaria; y dado que en conciencia, y después de un riguroso examen, una cosa se juzga buena, ya entonces el intentarla llega á constituir un deber.

No nos hemos propuesto fijar el *non plus ultra* al final de los Principios que vamos á formular: hemos procurado, sí, que éstos sean caracterizados y adecuados.

Hemos adoptado dos principios físicos, particulares de Newton, modificándolos en su enunciado, á fin de que sea explícita la universalidad de su comprensión; ésto, lejos de introducir divergencia entre el criterio físico y el biológico, antes al contrario, hace posible la armonía entre la Física y la Biología, *sin confundirlas ni divorciarlas*. Además, al lado del Principio especulativo de Descartes, hemos consignado un Axioma que llamamos Criterio experimental, y juzgamos necesario, utilísimo para fijar la interpretación de los fenómenos fisiológicos.

Por lo que hace á los *términos primeros* de Medicina, su valoración

no es indispensable aquí, y de ella nos proponemos ocuparnos en otro trabajo, propiamente médico.

Finalmente, en cuanto á la utilidad de los *Principios*, rogamos que el código que proponemos no sea juzgado *à priori*: sólo la práctica os podrá dar la medida de su alcance.

Hechas estas salvedades, pasemos á la parte axiomática de este Discurso.

VI

Nuevos Principios comunes de Ciencia y particulares de Medicina, útiles como norma de su jurisdicción y garantía de su progreso

PRINCIPIOS GENERALES DE CIENCIA Y PARTICULARES DE MEDICINA

Prolegómenos de los Principios

Toda ciencia implica un objeto. El concepto claro y distinto de un objeto de ciencia es el preliminar necesario de la ciencia misma.

La enunciación previa de las verdades inmediatas, contenidas en el concepto claro y distinto del objeto, constituye los Principios de su ciencia.

Si la ciencia tiene por objeto la Razón, sus principios son comunes á todas las ciencias, como principios formales de todo saber.

OBSERVACIÓN. La consecuencia inmediata de los dos principios que anteceden es, que á la ciencia del Entendimiento le bastan los principios propios, por ser á la vez el Entendimiento objeto y forma de ella; al paso que todas las demás ciencias requieren principios particulares, en cuanto al objeto, y principios comunes ó formales, norma de todo saber.

Principios

I. De lo que está contenido en el concepto claro y distinto de una cosa, puede afirmarse (*Descartes*).

Llamáremos este principio: *Criterio especulativo*.

II. De la existencia de un hecho, sólo podemos afirmar lo que está contenido en el concepto claro y distinto que resulta de la presencia del mismo.

Llamaremos este principio: *Criterio experimental*.

III. Vida y Muerte son dos términos contradictorios.

Siendo muerte y *no vida* términos equivalentes, resulta que todo lo que no está contenido en el concepto claro y distinto de vida, le es contradictorio.

IV. En el estudio de los cuerpos vivos hay que distinguir, con sumo tino, la *Causa* de la función, el *Modo* como se verifica y los *Medios* con que se cumple.

V. Para que una causa sea dada como causa eficiente de la Vida, es menester que su existencia sea bien probada, y que se deduzca de ella la razón suficiente de todo lo contenido en el concepto claro y distinto de la Vida. La causa que, á pesar de ser real y demostrada, no explique más que parte del fenómeno integral, será reputada concausa.

VI. Sea cual fuere la causa eficiente de la Vida, las funciones del cuerpo vivo son lo que son; y sólo su modo parcial de actuar y su relación de conjunto constituyen el objeto de la ciencia y el interés del arte.

VII. Las concausas de la Vida, ó Medios por que ésta se ejerce, son distintas de la causa eficiente; en tanto que lo mismo se vive por ellas, que se enferma por ellas, y que se muere sin ellas, por ellas y á pesar de ellas. La vida, pues, no se deduce de los Medios.

VIII. Iguales causas producen iguales efectos, á condición de ser iguales ó semejantes los términos de relación.

IX. Una relación no es bien conocida, sino en tanto que lo son por completo los términos de la misma.

X. La ciencia se determina por su objeto: toda transgresión de objeto es contraria á la ciencia.

Explanación de los dos principios IX y X.—Siendo el objeto de la Ciencia médica un individuo natural viviente, la descomposición material de un cuerpo, ó de su función integrante, exige la inmediata recomposición formal; pues el análisis de un todo indiviso es una simple ficción metódica y de ningún modo el fin real que nos proponemos, que es: el perfecto conocimiento del individuo. Si, por el contrario, la descomposición del todo en partes tiene por fin el conocimiento de las partes, por igual razón éstas deberán ser divididas para ser conocidas, y así sucesivamente, hasta dar, ó con elementos materialmente indescomponibles, objeto de la Química, ó con una sucesión infinitesimal de cocientes, objeto del Cálculo diferencial, lo cual implica contradicción de objetos de Ciencia. Sentaremos, pues, por regla fundamental: que el estudio analítico de cada parte ó de cada función del cuerpo vivo, para ser adecuado al objeto, debe comprender necesariamente, además de lo que resulte del examen, todas

las relaciones materiales ó actuales que la integran con el individuo. Con estas condiciones, el análisis anatómico y fisiológico puede y debe llevarse al último extremo á que alcancen los medios de investigación.

PRAGMÁTICA LÓGICA Ó PRINCIPIOS PARA EL USO ADECUADO
DEL RACIOCINIO

Prolegómenos

Los objetos son muchos, la Razón una; no hay, pues, más que una Lógica para toda ciencia, inclusa la misma Lógica, en tanto que ciencia.

La Lógica arte, ó práctica de la Lógica, no tiene más límites que los impuestos por la moral, ó norma práctica, á todas las artes.

No hay, por tanto, lógicas especiales, sino limitaciones naturales y morales de la facultad de discurrir.

He aquí, pues, los

Principios de conveniencia, evidente por sí, para el ejercicio del Razonamiento y la verificación de lo razonado.

Para la definición y la división

I. Una cosa no se debe dividir, sino en el concepto mismo en que se puede definir.

Para la división y la clasificación

II. Una clasificación no debe hacerse, sino en el concepto en que cabe división; á división perfecta, clasificación natural; á división imperfecta, clasificación artificial.

Para la hipótesis

III. Lo que no se puede probar, no se debe suponer.

IV. No en todo aquello que admite supuesto y prueba, procede la prueba; la hipótesis cuya verificación exponga á daño de tercero, es improcedente.

EXPLANACIÓN.—En la práctica liberal de las ciencias, la hipótesis es útil y hasta indispensable; pues ora sea el resultado de la prueba afirmativo, ora negativo de los términos de la hipótesis, ora revelador de un tercer término, siempre es laudable, como resultado positivo de razón ó de experiencia; mas en la práctica social del arte, la

contingencia del resultado implica la de la muerte de un enfermo, ó de la pérdida de un buque, ó del castigo de un inocente, ó de la revolución de un pueblo, etc., lo cual jamás compensa el resultado lógico de la investigación.

V. Si en la práctica social se hiciese forzoso obrar sobre un particular hipotético, la norma y la conveniencia lógica será: retroceder á la certeza general inmediata y obrar conforme á lo que de ella se deduzca.

OBSERVACIÓN.—Esta regla da garantía de acierto, en cuanto si no conduce necesariamente al bien, evita fijamente el mal, como efecto del arte, en virtud de mantener á éste en una base racional de conducta.

Para la analogía

VI. En el empleo de la analogía deberá procurarse no confundir nunca los dos conceptos diversos de semejanza y de identidad. Toda confusión sobre este punto es contraria á la ciencia.

Para la metódica

VII. El hombre que se dedica á la investigación de la verdad ha de ser sagaz en los hechos, preciso en las deducciones, rígido en las inducciones, tardo en las teorías, enemigo implacable de sistemas.

VII

Conclusión

Señores, hemos concluido.

En este Discurso se expone una Doctrina; no se impone una opinión. Era nuestro deber manifestaros cómo y hasta dónde entendemos posible la libertad intelectual, y cuáles son á nuestro sentir las bases sobre que debe constituirse la Medicina; y hemos cumplido con esta misión hasta donde lo han permitido nuestras débiles fuerzas. Si veinte años de práctica anatómica, transcurridos desde que imberbes aún entramos en la Facultad, hasta el año presente, undécimo ya de nuestra aparición en la cátedra; si esos veinte años de entusiasmo jamás desmentido por la ciencia de la organización, que consideramos como la gramática del Médico, son bastantes para que no dudéis de la importancia que damos á las cosas tangibles, es de creer, señores, que os merecerá alguna reflexión el hecho de vernos al par entusiastas cultivadores de la ciencia del espíritu humano. El afán

de verdad nos condujo sucesivamente de la anatomía antropológica á la comparada, de la comparada á la trascendental, de la trascendental á la microscópica: siempre con el cuidado de seguir de frente el movimiento de las ciencias físico-matemáticas; y cuanto más andábamos, tanto más las tinieblas envolvían nuestra razón....., un día caímos en la cuenta de que en realidad no conocíamos todo el hombre....., y al volver la vista hacia el espíritu mismo, haciendo de él un examen atento, nos pareció que toda nuestra experiencia cobraba vida y animación; que la naturaleza, en un momento dado, se nos colocaba en perspectiva.

En cuanto á la Doctrina, ahí la tenéis. Demoledora de toda autoridad personal, y encauzando la experiencia en su curso útil y legítimo, reivindica en favor del linaje humano el derecho al usufructo de ciencia, al par que le da garantías de representación en la constitución de los fundamentos de ésta. El filósofo alemán más dado á las elucubraciones sobre el absoluto, ha reconocido, al fin, y declarado que la filosofía no será aceptable mientras no esté conforme con los sentimientos y las necesidades del común de las gentes: esto es la pura verdad, y á ello deben propender de hoy más todos los pensadores. Por nuestra parte ni reclutamos prosélitos, ni los rehusamos. Solos ó acompañados, si es que servimos para algo en el palenque de la filosofía, contribuiremos, en lo que alcancen nuestros bríos, á mantener incólumes los dignos fueros del linaje humano.

HE DICHO.

Barcelona 3 de Marzo de 1866.

LA GIMNÁSTICA CRISTIANA

Trasunto de un parecer verbal dado por el autor al Excmo. é Ilmo. Sr. Fray Joaquín Lluch y Garriga, Obispo de Barcelona, y escrito y dado á luz por disposición expresa de su Excelencia Ilustrísima, en 1876.

INTRODUCCIÓN

Muchos son los que en nuestro país explotan al pueblo; varios los que le instruyen; pocos los que le educan; á la cabeza de estos pocos contempla con inefable gozo Barcelona al varón insigne que ejerce su episcopado, y que, no sin razón, al ostentoso tratamiento de Excelencia Ilustrísima prefiere el muy modesto de Padre Lluch, ya que

la paternidad viene á constituir el más esencial atributo de un Prelado. Revestido el nuestro de las dos grandes dotes de que ha menester toda Autoridad para hacerse efectiva, la gracia y el temple de carácter, bien podemos creer que, en la empresa de la educación del pueblo, lo que él no consiga no lo ha de conseguir nadie.

La ocasión, por otra parte, no puede ser más propicia, precisamente por lo crítico de los tiempos. Ya el pueblo está cansado de alevos peroratas que, prometiéndole dichas mil, sólo le dejan como positivo rastro el desengaño del alma y la carestía del pan. El pueblo está además perplejo, viendo que no colecta de la instrucción más frutos que los amari-dulces del árbol del Paraíso; pues que, si bien se mira, los resultados de la ciencia, todos sin excepción, se asemejan á la pólvora, la cual, según el empleo que de ella se hace, así desprende las peñas de una cantera proporcionándonos riqueza y bienestar, como esparce con los cascos de una granada la ruina y la muerte. El pueblo, en fin, ya conoce que la felicidad, considerada no como un delirio de momento, sino como un bien positivo y fijo, no está en la libertad de hablar, que á nada conduce sino á confusión cuando el que habla no tiene madurados sus pensamientos; ni en la libertad de aprender, si el que aprende no se halla preparado para digerir la enseñanza que se le inculca; ni tampoco en la libertad de acción, si el que obra, falto de discreción y prudencia, obra sólo en daño propio ó ajeno; ni menos aún en la libertad de exigir aumentos de salario, si mientras éste aumenta como diez acrece el total coste de la vida como ciento. Á nuestro sensato pueblo se le veía tiempo ha como estático, como en el fiel de la balanza de la perplejidad, sin saber adonde dirigirse, comprendiendo que le faltaba algo, y que ese algo es decisivo para el todo, y era llegado el momento oportuno para que un espíritu firme y desinteresado, dirigiéndose con paternal acento al pueblo, le dijera: *«Lo que te falta, hijo mío, es la sabiduría, sin la cual ni la libertad, ni la ciencia, ni la riqueza, pueden dar fruto del todo dulce y saludable, y esa sabiduría la recibirás por la educación, y la gozarás bajo la triple forma de salud, virtud y dicha.»*

He aquí lo que nuestro Padre Lluch ha venido á decirle á su pueblo por medio de obras impregnadas de paternal cariño; he aquí cómo, en brevísimo plazo, más de 7.000 obreros han respondido á la iniciativa episcopal, inscribiéndose en las *Escuelas populares*; porque si Dios hizo expreso al Prelado para los difíciles tiempos, los hombres han traído los tiempos expresos para hacer brillar las privilegiadas dotes del Prelado. De esperar es que con la colaboración moral y material de los poderosos de buena voluntad que se aprestan á servir de

picapedreros y albañiles en la ejecución de tan monumental proyecto, sea éste cumplidamente realizado.

Ahora séame lícito esperar que tanto la humana modestia del Padre Lluçh cuanto la humildad evangélica de su personalidad episcopal, se dignarán perdonarme esta expansión que mi espíritu, entusiasta por todo lo elevado y generoso, no ha podido reprimir al tomar la pluma para cumplimentar un mandato de S. E. I.: que mandato es para la oveja la más leve indicación de su Pastor.

Es el caso que habiéndose dignado S. E. I. llamarme, á fin de inquirir mi humilde parecer acerca del plan que mejor enlazara, hoy por hoy, los medios físicos y los morales en la educación en general, y con especialidad en la de los artesanos y obreros, y estimando buenas mis razones y útiles las consecuencias prácticas á que ellas me conducían, honróme excitándome vivamente á que escribiese un fiel trasunto de mi exposición verbal, á fin de que su contenido y el plano adjunto (que allí en cuatro palabras bosquejé), vieran cuanto antes la luz pública.

He aquí el motivo de la publicación del presente trabajo, cuyo fondo recomiendo á la consideración de las personas pudientes, y cuyo desaliñado estilo entrego á la indulgencia de todos los lectores.

Satisfecha, pues, como antes dije, la necesidad que sentía mi alma de dirigir al Prelado y á su noble empresa un voto de admiración y un aplauso de gozo, paso á consignar lo substancial de lo que á S. E. I. en persona tuve el honor de manifestar en la aludida entrevista.

I

CRITERIO

El problema práctico de la verdadera educación, es decir, del cultivo deliberado, reflexivo y metódico del hombre por el hombre, no es el mismo para todo lugar y tiempo; puesto que cada época, cada país, crea hábitos y tendencias que, si son buenos, forman la parte espontánea é irreflexiva de la cultura humana, y si son malos, exigen de la educación medios especiales que los destruyan; así, mientras á un pueblo austero, por sus tradiciones ó por su estado de desarrollo, no hay que inculcarle la sobriedad, puesto que ya ella está transfundida, por decirlo así, en la masa de la sangre, tanto de los educandos como de los preceptores, en otro pueblo, vicioso y decadente, hay que hacer de la sobriedad un capítulo señaladísimo del sistema educativo.

Ahora bien; lo que la época nuestra tiene de característicamente malo, es la degradación del carácter, el envilecimiento de la voluntad, por razón del excesivo desarrollo que han tomado, respectivamente, el entendimiento con el progreso científico, y la sensibilidad con el perfeccionamiento de las artes industriales. El orgullo del saber y el sensualismo en el gozar, han ahogado el sentimiento del deber, y, por lo tanto, la fuerza de la voluntad; y como ésta no puede ser libre, ni moral, si no tiene por primer vasallo al individuo mismo y á Dios por inspirador, resulta que, á fuerza de volvernos inteligentes y sensuales, nos hemos vuelto voluntariosos, es decir, flacos de voluntad, incapaces de conducirnos como seres libres, y hemos perdido, además, con la fortaleza del alma la del cuerpo. ¿Y por qué la del cuerpo? ¿Acaso la salud y la voluntad perfecta, ó la virtud que es lo mismo, obedecen á una ley común, como á un común resorte? Sí. La salud es la virtud física, como la virtud es la salud moral; la salud y la virtud son las dos expresiones material y espiritual de ese conjunto de personal perfección que se llama fortaleza y que resulta de la sana influencia del cuerpo sobre el espíritu y de la sabia influencia del espíritu sobre el cuerpo.

El hombre moderno, que pasa la vida cansando la inteligencia y la sensibilidad y subyugando á sus pensamientos y sus deseos su albedrío, va perdiendo con el libre albedrío la salud; porque, como voluntad es fuerza y salud es igualmente fuerza, vigor, energía, y no hay más que una fuerza en nuestro ser, cuando ésta se pierde en lo moral no hay envase ni tabique que la redome ó almacene en el cuerpo; de modo que en todos los pueblos la propensión á los vicios y la predisposición á las enfermedades son dos cosas que están siempre en razón directa. Así es como la Historia nos ofrece siempre simultáneos los períodos de envilecimiento moral y de endebles física, y así, dada una época sensual, ya se sabe que aquella época fué valedudinaria; por esto griegos y romanos adoptaron respectivamente las frases «*kálos kai agathós*», «*mens sana in corpore sano*» (frases que en términos castellanos valen por «sano y bueno»), como expresión la más genuina de la perfección del humano carácter.

Siendo esto de muy antiguo tan claro y tan sencillo, ¿será posible pensar en educación física aparte de la moral, ó en la moral aparte de la física? ¿Será médico de verdad quien sólo conozca el cuerpo, ni preceptor de verdad quien sólo conozca el alma? No, y cien millones de veces no. En primer lugar, no existen dos educaciones, sino una sola, por ser uno solo el sujeto educando; mas como éste tiene cuerpo y alma, son de dos suertes, físicos y morales, los medios que inte-

gran la educación única. En segundo lugar, yo sé por experiencia, ya un tanto dilatada, hasta qué punto manejando bien un cuerpo se levanta un espíritu, é influyendo diestramente sobre un espíritu se regenera un cuerpo; yo he visto hasta qué punto por la virtud se logra la salud, y por la salud se encamina al hombre á la virtud; y partiendo de este hecho de observación y siendo otro hecho indiscutible que hoy los caracteres se hallan en extremo debilitados, como lo prueba lo general del estado valetudinario, de la falta de valor personal, de la ausencia de convicciones, de la incapacidad de creer firmemente en nada, de obedecer cordialmente á nadie y de hacer cara materialmente al error ó al mal y la facilidad consiguiente en ir los hombres como manadas de carneros, ora á votar á quien «según dicen» es bueno, ora á doblegarse bajo el látigo de aquel de quien «se dice» que es fuerte, temiendo de todos lados el peligro, sin fuerza moral ni material para conjurarlo, es hora ya de pensar seriamente no sólo en el robustecimiento de los sentimientos morales por medio de la educación moral, sino también en la regeneración del cuerpo, á fin de que estos mismos sentimientos se vigoricen más y más al influjo de la esplendidez orgánica, despertando en el hombre la alegría de la salud, la paz y serenidad de la fuerza, el valor de la inmunidad contra los elementos, y, finalmente, aquella benignidad que inspira al alma el conjunto armónico de todos estos bienes físicos reunidos, y que constituye el natural aperitivo para hacer más sabrosa toda virtud.

Es, pues, mi dictamen, que el problema más inmediatamente práctico que hoy día ofrece la educación en general, es el de la adopción de los grandes medios físicos y su práctico enlace con los morales, á fin de que mientras éstos resucitan el espíritu y la carne por el espíritu, resuciten aquéllos la carne y el espíritu por la carne; y más aún tratándose especialmente de las clases proletarias, sujetas, como ninguna otra, á los errores de propaganda, á la intemperancia de los deseos y al estado valetudinario acarreado por el rigor de las industrias á que se dedican.

Al llegar á este punto de mis razonamientos, después de una pausa que de intento me permití, á fin de dar lugar á que S. E. I. se sirviera advertirme de los errores de concepto ó de palabra en que yo hubiera quizá incurrido, dignóse el Prelado preguntarme cuál era la fórmula que yo adoptaría, en consecuencia, para la parte física del sistema de educación en general, y del obrero en particular, á lo cual contesté: «Querido Padre, mi fórmula es por demás breve y sencilla: = *La conversión de la Gimnástica griega al Cristianismo.*» Tan

útil es en mi humilde concepto la adopción de esta fórmula, que no sólo creo necesario realizarla, sino que además juzgo utilísimo dar á conocer al mismo pueblo el criterio, la suma de razones de que esta fórmula se deriva.

Es un hecho histórico que la antigua Grecia fué, entre las naciones paganas, la única que tuvo una *idea clara* y un *arte perfecto* en lo tocante á educación. La idea, idea magna, era cultivar de una manera armónica, sencilla, bella y espontánea, todas las facultades del hombre, así físicas como morales, hasta elevar al individuo á la categoría de héroe, para honra de la patria. El arte que realizaba esta espléndida idea era la Gimnástica; pero no la Gimnástica así como quiera, y que ellos mismos conocían y menospreciaban, en tanto que sólo capaz de producir viles mercenarios atletas, sino la Gimnástica edificante del ciudadano libre, del hombre digno, del repúblico perfecto; aquella Gimnástica que, en medio de su sencillez, sin trapecios, argollas ni paralelas, dirigida lo mismo á la musculatura que á la piel, al corazón que al cerebro, á los sentimientos que á la voluntad, hacía al individuo bello y sano; aquella Gimnástica en cuyo fundo está el secreto de los portentos de cultura, de expansión, de poderío, de brillo y de belleza de la sin par é inolvidable Grecia, de aquella Grecia cuya civilización sucumbió sólo por ser pagana, es decir, porque tenía por alma y sostén la idea de una multitud de Dioses, representantes del más grosero sensualismo, y más cercanos al mal ciudadano griego que á un Dios de justicia y de verdad que fuese norma del ciudadano bueno. De modo que el defecto de la civilización helénica no hay que buscarlo ni en la *idea* ni en el *arte* de su Gimnástica—puesto que así el arte como la idea aparecen inmejorables,—sino en la errada noción que el paganismo en general tenía de los fines de la perfección humana.

Y si la Gimnástica de los griegos es una concepción sana y perfecta, y no tiene parte ni arte en la caída de la civilización helénica, sino que, antes al contrario, fué el elemento conservador que más contribuyó á retardar su caída, ¿por qué no hemos de celebrarla mas que sea creación pagana y llevar su utilidad á la plenitud, purificándola con la eficacia de los fines evangélicos? ¿Qué más se ha necesitado en diferentes lugares y tiempos para convertir en iglesia una mezquita ó un templo erigido en honor de Ceres, Hércules ó Diana?

¡Oh! ¡Cuán grande era mi gozo, querido lector, al ver cómo la altísima ilustración de nuestro Prelado iba acogiendo con las más ingenuas muestras de aprobación estas razones, que yo con cierto

temor iba vertiendo! Y en verdad que yo mismo no acertaba á darme cuenta de mi propio temor, porque la Historia, aunque se refiera á civilizaciones paganas, no contiene un solo paso donde no aparezca entrecruzada la obra de Dios con la obra del hombre; la Historia es una pieza de riquísimo damasco donde no hay fondo ni flor, hoja ni estrella, motita ni figura, que no esté compuesta de hebras urdidas por la Providencia y hebras tramadas por la lanzadera de los pueblos; la Historia es mineral, que en ninguna de sus partes contiene metal sin ganga, ni ganga sin metal, y cuya explotación la hace la posteridad separando del puro metal la escoria y acumulando en lingotes de riquísima experiencia el caudal del pasado; y todo el punto de discreción de las generaciones que van naciendo está en distinguir lo que hay de divino en el patrimonio que de los muertos van heredando.

Si: convertir al Cristianismo la Gimnástica griega, es enriquecer la virtud y vigorizarla; es asegurarle las condiciones terrenas de supremacía; es explotar lo que en aquella civilización formaba, no trama de mortales errores, sino urdimbre de providencial sabiduría; es restablecer, en fin, aquel estado de cosas que explica en lo humano por qué en los primeros siglos del cristianismo tuvo éste tantos millares de mártires y de santos. Que hoy no los produzca, ¿es acaso debido, como algunos descreídos pretenden, á que el Evangelio ha perdido su virtud, su utilidad, su eficacia, cual si la ley de Dios fuese una cosa transitoria, ó como cree Stuart Mill, á que, siendo ya hoy todos cristianos, no hay necesidad de luchar? Todo esto es absolutamente falso: 1.º, porque en el orden moral y religioso Jesucristo clavó la rueda del progreso; un paso más en la regla de perfección individual y social es imposible; 2.º, porque la actual difusión del cristianismo no impide que el mundo esté, hoy tanto como antes, dividido en materia religiosa; pues en el fondo, ahora como siempre, no vemos más partidos que católicos y ateos; 3.º, porque hoy por hoy se dan casos como el del derribo de templos, promovido por miserables propietarios (que no dejarán en su día de concurrir al *Te Deum* de la restauración); derribo decretado por cuatro perdidos truhanes, apoderados del mando gracias á la universal flaqueza; derribo soportado, sin más señal de irritación que afeminados suspiros, por miles de católicos más dispuestos, sí, á asistir á una comunión general de pura ostentación, protegidos por las bayonetas del orden reaccionario, que á lanzarse á la calle á suspender el derribo de su amado Templo, no ya á mortales tiros, sino pura y llanamente á veniales cachetes.

Lo que yo veo de real y efectivo en esto es que si hoy no abundan en la religión los mártires y los santos, es porque *en todo lo humano escasean los hombres, los templos heróicos*; y así, mientras que en los primeros siglos cada converso era un héroe, hoy cada millar de católicos, blandos como creyentes por ser blandos como seres orgánicos, necesita que cuatro soldados y un cabo le protejan la puerta del templo, ó de no, se abstiene de concurrir á él.

En este punto, como en todos, la verdad no consiente argumentos ni excusas convencionales; la chispa del Evangelio la misma es donde quiera que se aplique; pero el resultado, como que (salva la parte de la gracia) es el producto de su aplicación al individuo, necesariamente ha de menguar como producto con la mengua de este factor; bien así como la misma semilla da distinto resultado, y hasta no da ninguno, según las condiciones del terreno en que se la siembra. Así se explica cómo entre aquellos romanos y griegos que, en medio de su decadencia política, moral y social, tanto conservaban aún del temple de carácter que la educación gimnástica les imprimiera, lo propio que entre los bárbaros con su recia complexión y fiero genial, surgieron á miles los mártires y los santos, porque la chispa del divino fuego dió en temperamentos heróicos, en pólvora refinada y seca, y por lo tanto susceptible en grado sumo. Y la prueba humana de que esta es la razón del fenómeno, y no la de la novedad y el carácter militante del Cristianismo en aquella sazón, está en la escasez de mártires y de santos que la misma predicación, en aquella época, recabó del más blando y degenerado de los pueblos *agimnastas*, del débil y ruín pueblo judío, con ser éste el pueblo en donde Jesús mismo, en persona, había predicado la moral divina.

Lo cierto es que, desde la Edad Media, conforme la política y el interés privado nos han ido apartando de la fortaleza greco-romana y de la fiereza bárbara, es decir, de la energía física, ora espontánea, ora reflexivamente infundida por la influencia de la educación, nos hemos ido volviendo judíos, es decir, blandos, ruines y egoístas, y gracias si por un resto de pudor salimos á la calle envueltos en un manto de caridad y fe, pero tan liviano que no resiste la menor de las pruebas. Más tarde el progreso intelectual é industrial, haciéndonos soberbios y sensuales, ha echado el resto; y hoy, aquí como en cualquier parte, un batallón sublevado se impone á toda una nación; una cuadrilla de aventureros se apodera de los comicios, un insolente aturde la conciencia y encoge el albedrío de los más; nadie cree, nadie puede, nadie quiere, y todos temen, resultando el mundo patrimonio de los malvados, porque éstos son, entre los profanos,

salvas raras excepciones, los únicos espíritus activos capaces de organización. Ellos amotinados ante la Iglesia, la Iglesia sola ante ellos, y en medio *las gentes* trémulas de egoísmo y sin fortaleza para tomar un partido; he aquí el cuadro sinóptico de la situación en que se pretende que nazcan mártires y santos. Así está la masa de los contemporáneos, unos porque si tienen alma no tienen cuerpo, otros porque si tienen cuerpo no tienen alma, y todos porque están desposeídos de aquel vigor de naturaleza que una buena educación físico-moral infunde, y que, al crear fuerza física, no crea una musculatura cobarde, como la de los brutos y la de los saltabancos, sino viril y animosa, y al formar la voluntad no forma un enemigo mortificador del cuerpo, sino su espíritu de salud, su amiga, su protectora.

He aquí, pues, que nos encontramos (como acontece siempre que se discurre con buena fe y elevación de miras) con que al fin venimos á parar al punto de partida, es decir, á estas dos proposiciones tan sencillas, que forman el postulado del presente escrito, y son:

1.^a Que es menester pensar en la resurrección del espíritu por la carne, como complemento del plan de educación de la época.

2.^a Que este modo de resurrección lo ha de producir la Gimnástica griega, fecundizada por el Cristianismo, el cual, al darle por objeto final la perfección evangélica, la depurará de los dos defectos paganos—la tendencia guerrera y la tendencia sensual—de que accidentalmente adolecía entre los griegos, quedando límpida y esplendente la bondad de su esencia.

Tal es el giro que, á mi entender, debe darse á la educación para ocurrir á una gran necesidad de la época; de la época digo, porque el mal no reside sólo en una de las clases sociales, sino en todas sin distinción. Es menester, sin embargo, convenir en que las flaquezas de una época no revisten igual carácter en todas las categorías; así, la de los proletarios, por ser la inferior en instrucción y en influjo individual, es la que más hondamente sufre los efectos de la dolencia, si bien, por su misma ignorancia y su misma flaqueza, es la que, falta de recursos de invención y hábitos de iniciativa en la perversidad, conserva más íntegra la legítima de sentido común y de sentido moral que de Dios recibió; mientras que, por otra parte, la clase de los potentados, si por sus recursos de fortuna, instrucción é independencia, puede evitar en gran parte el daño que ella misma, gracias á esos recursos, fomenta, también ella es, en cambio, la única cuya parte sana posee los elementos de redención. El pueblo nunca se ha redimido á sí mismo, nunca; acerca de esto conviene que el

pueblo sea el primero en desengañarse; la redención del pueblo siempre ha sido debida á hombres superiores, á hombres que, ó nacidos en alta cuna se libraron del contagio de su clase, ó nacidos entre el pueblo, dejaron la vulgar condición de éste, y en alas del genio natural, de la instrucción y del superior carácter, se remontaron á la suprema categoría de redentores.

Siendo esto cierto, como lo es, no cabe fórmula más práctica que la adoptada por nuestro esclarecido Prelado para la redención social íntegra, rápida y completa. Considerando más que difícil, imposible en lo humano, la empresa de sanear *directamente* toda la sociedad en masa, concibió el Padre Llach la idea de reunir en torno de su sagrada persona á los hombres de buena voluntad que, entre los ricos y los doctos, se hubieran librado del contagio, y emprender con ellos la redención del pueblo. La idea no puede ser más clara ni más realizable. Al saneamiento *voluntario* del pueblo ha de seguir necesariamente el saneamiento *obligado* de la parte maleada de las clases superiores; de esa parte tan apuesta—por mil razones que, aunque no sean de este lugar, no por ello saltan menos á la vista,—tan apuesta, digo, para fingirse conversa, como poco dispuesta á dejarse convertir.

He aquí por qué, al ser invitado por S. E. I. á emitir mi humilde parecer acerca de un tema de educación del pueblo, lejos de concretarme á la educación del pueblo, como objeto de especialidad, abordé de lleno el tema de la educación en general, pareciéndome desde luego, sin poderlo remediar y congratulándome de ello en gran manera, que el propósito de nuestro Prelado no se reducía á educar al pueblo y nada más, sino que alentaba la trascendente mira de *redimir de un golpe á toda la sociedad por medio de la educación del pueblo*.

Espero, pues, que no se le imputará á este trabajo el defecto de contener un plan que lo mismo puede servir para educar tejedores que fabricantes, curtidores que marqueses; harto tiene este trabajo con sus reales defectos, para que se le pongan reparos á lo poco bueno que quizá contenga. Se trata de educar, de educar á alguien, y para una época dada; la condición social de ese alguien no afecta en modo alguno la esencia de su plan de educación.

Pero ¿cómo y dónde ha de realizarse este plan?

El CÓMO es el SISTEMA; el DÓNDE es el EDIFICIO. Pasemos, pues, á exponer los *principios* del primero y el *plano* de construcción del segundo.